

La persona de don Ignacio Domeyko

POR D. RAMÓN SALAS EDWARDS

Miembro docente de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas

- I.—Las fuentes históricas conocidas y el diario inédito de Domeyko.
- II.—Breve biografía:
 - Los filaretos y la guerra de 1830,
 - París: el intelectual errante.
 - El sabio profesor en Coquimbo y en Santiago.
 - Delegado Universitario y Rector de la Universidad.
 - Viaje a Europa: Polonia, París, Roma, Jerusalem.
 - Ultimos días en Chile.
- III.—Páginas del diario:
 - El profesor, el polaco, el rector, el chileno.
 - Suma psicológica.

Es posible estudiar a don Ignacio Domeyko en el desarrollo horizontal de su actuación y en la constitución vertical que define su persona.

Se puede seguir su vida y su obra, analizar su psicología desde los hondos sentimientos de amor, a través de sus ideales en la ciencia, hasta llegar en función de su concepción del universo, a la paz espiritual de esta persona interesante.

Las fuentes primeras son las numerosas publicaciones de Domeyko, dadas a luz en 50 años de una vida fecunda (Memorias, IV, 58 y 240).

En materia científica ha enviado a París unos cuarenta artículos sobre exploraciones e investigaciones originales para ser publicadas en *Annales des Mines*; unos diez artículos menos especializados insertó en los *Anales de la Universidad de Chile*; sus lecciones de mineralogía y de ensayos fueron reeditadas y ampliadas varias veces.

Sobre asuntos educacionales, aparecen con frecuencia en las publicaciones oficiales, memorias, informes y discursos valiosos.

Finalmente una docena de artículos de interés general fueron publicados por Domeyko en revistas polacas, aún en los últimos años de su vida.

Así pues las emociones hondas han regresado a la expresión polaca.

Sus elevaciones intelectuales han buscado la clara lengua en que llegó hasta él, la formación científica en París.

En sus labores educacionales y funcionarias hablaba nuestra lengua con tal perfección, conociendo el latín, que la Facultad de filosofía y humanidades le designó, muerto don Andrés Bello, para sucederle en el sillón.

Los historiadores que se ocupan de Domeyko poco aportan, independiente de estas fuentes; pero hay una biografía contemporánea de gran importancia; son 144 páginas muy documentadas que don Miguel Luis Amunátegui publicó en 1867, cuando se eligió a Domeyko Rector de la Universidad.

«Yo, dice el autor (pág. 3), he vivido bastante tiempo bajo el mismo techo y había de antemano formado apuntes de su vida; los ataques (de algunos que le han negado la competencia) me imponen en mi concepto el deber de apresurarme a darlos a luz».

Este valioso testimonio contemporáneo cubre sólo la mitad de la vida fecunda de Domeyko, pues si ya tenía entonces 65 años de edad, vivió todavía 22 años más, eficiente hasta el fin.

Las huellas de este sabio en sus árduas exploraciones estivales de nuestras cordilleras, se pueden seguir en los museos mineralógicos, especialmente en nuestra Escuela y en su colección particular, que conserva cuidadosamente la familia. La especie mineral denominada Domeykita y las plantas y los fósiles que han recibido su nombre son testimonio del eco perdurable, que en otros sabios encontró su labor.

Hace dos meses recibí el encargo de hablar del Rector don Ignacio Domeyko, considerando su valor humano.

Agradezco este honor, especialmente porque ha sido para mí la feliz ocasión de conocer en una fuente inédita, un Domeyko nuevo, escondido, una corriente de agua clara, en cuya orilla he reposado largamente.

Hay en la familia del sabio, un verdadero culto del antepasado ilustre; en este santuario conocí un precioso manuscrito, el diario de Domeyko; con emoción profunda se accedió a ponerlo en mis manos reverentes, hasta el día de hoy; tal tesoro sólo en pequeña parte publicado, es la joya del santuario; es más precioso que los hermosos rosicleres de plata de la colección del sabio, que deben permanecer piadosamente envueltos entre paños, porque la luz los oscurece.

He leído y releído las memorias de Domeyko; por última vez voy a leer algunas páginas ahora.

Pero es necesario antes de este conocimiento vertical del alma, en breve esquema biográfico, ubicar la persona en la horizontal del tiempo.

Nació en 1802 en Lituania, la región septentrional de la Polonia, cuyos territorios han sido separados y se han refundido muchas veces a lo largo de su historia milenaria, por la eterna guerra de intereses continentales, raciales y políticos que convergen y chocan en estas planicies heroicas.

Nació seis años después de un reparto total de Polonia entre las grandes potencias limítrofes, en que Rusia obtuvo la región lituánica y la mayor parte del país.

Aspiró así Domeyko, en el ambiente, desde sus primeros años, un ansia de liberación; vió con esperanza a los legionarios polacos que invadían la Rusia siguiendo las banderas de Napoleón; pero la cruel retirada y el Congreso de Viena dejaron a Lituania nuevamente en poder del Zar.

Pertenecía a una familia de señores; estudió primeramente en un colegio congregacionista y luego en la Universidad de Vilna, donde obtuvo la licenciatura en ciencias físicas y matemáticas, a los 19 años.

Pero hubo de intervenir sus estudios universitarios y comparecer por sus ideas nacionalistas en el proceso de los filaretos y filomatas o amantes de la virtud y la verdad; había sido de los primeros miembros de esta sociedad idealista, que envuelta en romántico misterio, aspiraba a fortificar el alma de Polonia mediante el perfeccionamiento espiritual e intelectual; su amigo eterno el gran poeta Mickiewicz,

cuatro años mayor, era el alma de este interesante movimiento y más tarde dió forma a su ideal nacionalista exaltado hasta el exceso por la realidad adversa, concibiendo a Polonia como un país destinado a ser víctima propiciatoria y redentora de las demás naciones.

Domeyko, literato, pintor y músico, gozó siempre de cierta sensibilidad romántica; pero en su vida feliz no tuvo cabida ninguna psicología apocalíptica.

Después del proceso fué relegado a las tierras de su familia; en ellas se quedó hasta la edad de 28 años y trabajó este hombre que siempre encontró placer en los viajes y excursiones arduas, y que se conservó sano hasta los 86.

A fines de 1830, en distintas regiones de Polonia comenzaron a formarse cuerpos armados para combatir por la independencia contra la Rusia poderosa.

Campeños con lanzas y guadañas aflúan de todas partes para unirse a los insurrectos.

Cuando la marea alcanzó hasta las tierras de Domeyko, su primera participación fué hacerse cargo de un mensaje verbal para el general en jefe; pero fué creído espía por otros insurrectos; cuando ya lo tenían atado a un árbol para fusilarlo, el confesor que iba a darle la absolución, lo desató, y pudo regresar a su casa.

Poco después fué llamado a incorporarse a un regimiento que iba a pasar por esas tierras; se despidió tiernamente de su madre y de sus tíos que tenían sus casas en las vecindades; se presentó al general que no conducía todavía sino 800 hombres; fué citado para el día siguiente; volvió; fué autorizado para ir también esa última noche a su casa; de ella dos servidores quisieron seguir la campaña con él; en la mañana siguiente sólo pudo dejar la casa paterna después de orar emocionado y de besar la tierra; al regimiento, lo encontró muy cerca; el capellán militar quiso volver con él una vez más, para bendecir la casa paterna; ahí leyeron poesías de Mickiewicz y después de almorzar forzaron sus caballos para alcanzar el regimiento; fué designado ayudante del comando de un cuerpo nuevo formado por lituanos.

Domeyko, ya estaba en el ejército.

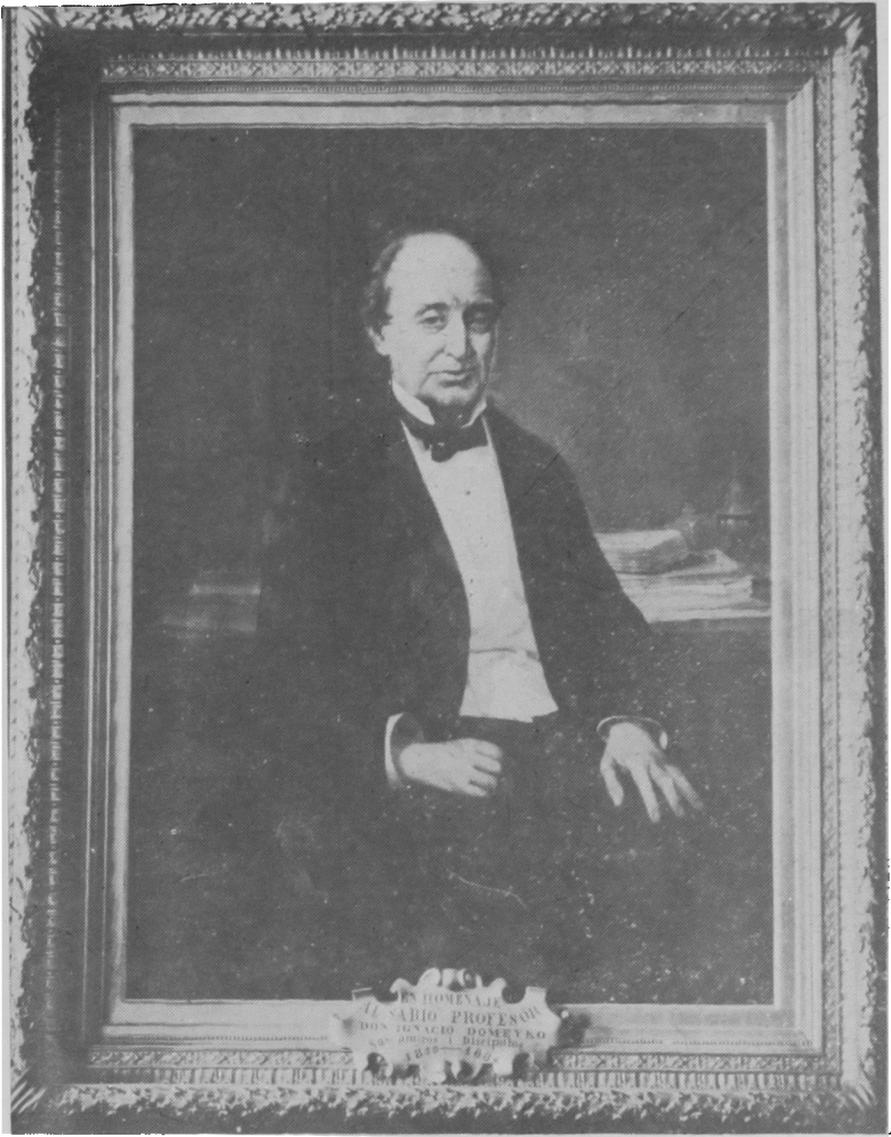
Esta revolución, imposible por la desproporción de las fuerzas militares, fué un sacrificio heroico, no desprovisto de líneas románticas.

Oíd, sino, estas frases de Domeyko: «Aquí se nos reunió un regimiento insurgente de caballería, bastante numeroso, bien vestido, armado de lanzas y sables y bajo el comando de la señorita Plater. La señorita Plater no contaba más de veinticuatro años. Sus ojos eran azules, estaba bien formada. Llevaba un capote gris que le llegaba hasta las rodillas, con cuello rojo adornado con encajes, que le sentaba mucho, kepi, cabello corto, botas de anchas vueltas y a la cintura un puñal y un sable pequeño; sus espuelas eran de plata. Montaba graciosamente, siempre al lado de su amiga, que era linda, llena de vida y que a todo el mundo gustaba» (Mem. I, 21).

A fines de junio de 1831, se reunieron en Lituania unos catorce mil soldados; algunos de estos regimientos, entre ellos el de lituanos, tomaron posesión de Kovno sin resistencia; pero la derrota de otros en Vilna, levantó gran descontento; el batallón de Domeyko quedó en Kovno; pero como no tenían sino tres balas para cada soldado, hubo de retirarse ante fuerzas superiores.

Concentrados nuevamente los restos de estas tropas, se ordenó internarse en Prusia.

Homenaje a don Ignacio Domeyko



La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas tributó en una sesión solemne, celebrada el 11 de Diciembre de 1942 en el Salón de Honor de la Universidad, un homenaje a don Ignacio Domeyko, miembro de la Facultad y Rector de la Universidad. La sesión fué presidida por el señor Ministro de Educación, don Benjamín Claro Velasco; el Rector de la Universidad, don Jurenal Hernández; el Nuncio Apostólico, Excmo. Monseñor Maurilio Silvani; el Ministro de Polonia, Excmo.

Señor Ladislao Mazurkiewicz y el Decano de la Facultad, don Gustavo Lira.

Pronunciaron discursos en esta ocasión don Domingo Amundégui Solar, el Ministro de Polonia Excmo. Señor Don Ladislao Mazurkiewicz, don Ramón Salas Edwards, miembro docente de la Facultad, el Dr. Bogumił Jasinowski, Profesor de la Universidad de Wilna (Polonia) y don Tomás R. Leighton, miembro docente de la Facultad.

El Presidente de Polonia, Excmo. Señor Władysław Raczkiewicz adhirió al homenaje por medio del siguiente cablegrama:

•En el momento cuando la Universidad de Santiago celebra su Centenario y al mismo tiempo conmemora a uno de sus fundadores, Ignacio Domeyko, quiero adherir me en nombre de Polonia a esta bella manifestación,

Domeyko, gran patriota polaco, obligado a abandonar para siempre a su patria de origen, por causa de la opresión extranjera, ha sido adoptado de todo corazón por su nueva patria y le ha prestado eminentes servicios.

Se quedará siempre como símbolo de la amistad tradicional entre nuestros dos países, fortalecida todavía en el curso de los últimos años por la actitud generosa del pueblo y del Gobierno chilenos, quienes con tanta nobleza han acordado su protección a tantos polacos dispersos por los acontecimientos de la guerra en diferentes países europeos.

Polonia reconocida no olvidará nunca estas pruebas de simpatía que le fueron dadas por Chile en una hora difícil de su historia.—WŁADYSŁAW RACZKIEWICZ .

Los oficiales polacos no fueron desarmados por los prusianos; pero los soldados sí.

Dice Domeyko «El primero que pasó la frontera fué el escuadrón con banderolas blanco y rojo que dos meses antes había despertado en mí, la más dulce de las esperanzas que haya tenido jamás, causándome una alegría que no iba a volver nunca» (Mem. I, 33).

Este desengaño penetró en su espíritu a los 29 años de edad.

La epidemia de cólera reinante, hizo necesaria una cuarentena; Domeyko vendió su caballo y terminó su vida militar que había durado dos meses.

Concluída la guerra, no pudieron ni regresar a Polonia, ni quedarse radicados en Alemania, los polacos que no quisieron aceptar la amnistía y el régimen establecido.

Selectos emigrados irradian en éxodo hacia todos los países, dando realidad histórica a la visión de Mickiewicz: el martirio de Polonia, para otras naciones, fué una luz.

El poeta y Domeyko, en uno de los grupos de emigrados continúan su camino, rumbo a Francia, el año 32, reinando Luis Felipe.

Llegan los emigrados a París y Domeyko, que anhelaba por esta ciudad como foco de luz y capital de la civilización, quiere conocer todos sus valores.

El futuro maestro pasea errático su interés intelectual principalmente por las clases libres de ciencias físicas y matemáticas en la Sorbona y en el Colegio de Francia; analiza psicológicamente a cada profesor; conservará duradera la imagen de algunos sabios; dice de Gay Lussac: «Todo lo que se puede leer en los labios y en los ojos de hombre tal, mientras se le observa abstraído en la explicación práctica de lo que él mismo ha descubierto, difícil será encontrarlo en los libros y ya nunca se olvidará»; pero no todos los sabios sabían transmitir su ciencia; recuerda en cambio éxitos teatrales de profesores incapaces de profundizar; entre ellos del profesor de química que dijo, estando presente un miembro de la familia real: «el oxígeno y el ázoe van a tener el honor de combinarse, ante vuestra alteza».

Su gratitud es sobre todo para Elie de Beaumont que hacía la clase de geología en el Colegio de Francia, con el cuerpo inclinado, fijos los ojos en tierra, tragándose las sílabas y perdiéndose en detalles; pero que despertó en Domeyko desde el segundo día una curiosidad científica, que durante una larga y penosísima excursión geológica, maduró en vocación profesional.

Por consejo de este maestro, el intelectual errante, cesó en su vuelo, y se matriculó en la Escuela de Minas y dejó todo lo demás; pero no el curso superior de mecánica racional del Colegio de Francia, porque amaba su ambiente de intimidad espiritual: eran tres discípulos en torno a Binet, el viejo maestro, creador del elipsoide de inercia.

Siguió sus estudios profesionales brillantemente y recibió su título de ingeniero de minas, tres años más tarde, en 1837, cuando ya tenía 35 años de edad.

Poco después de obtener su título, Domeyko hizo el reconocimiento de unas minas para unos millonarios de Alsacia. «En medio del bosque, dice, (Mem. I, 183), trabajaba feliz; pero en medio del lujo y el champaña me parecía ver a través de la puerta del salón, el rostro de mi madre triste, como si tuviera algo que reprocharme».

Inopinadamente recibió carta de uno de sus maestros de París, diciéndole que el Gobierno de Chile buscaba un profesor de química.

Revivió: era su camino.

Pronto firmó un contrato para enseñar en Coquimbo, salvando su intención de regresar a Polonia si llegaba la esperada guerra, y partió de París en enero de 1838.

Durante 9 años desempeñó su cargo de profesor de Química y Mineralogía en el liceo de Coquimbo y aceptó a continuación la misma cátedra en Santiago, llegando a completar 46 años de profesorado ejemplar, de exploraciones esforzadas e investigaciones valiosas y de una actuación que es honor para nuestra profesión de ingenieros; pues, árbitro entre intereses cuantiosos, encarnaba la fórmula colonial «la verdad sabida, la buena fe guardada» que repetía con placer; estudió también en una memoria notable, la reforma de la instrucción pública, que fué fundamento de varios decretos orgánicos.

Pero no me corresponde contemplar al sabio profesor ni al pedagogo, ni al ingeniero eminente.

Una ley de privilegio le otorgó la naturalización en 1848 y Domeyko, como dice Amunátegui (pág. 87), confirmó algún tiempo después su calidad de chileno, casándose con la señorita Enriqueta Sotomayor Guzmán.

Fué designado miembro fundador de la Universidad, cuando aun era profesor en Coquimbo, uno de los doce de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas; llegado a Santiago fué nombrado miembro del Consejo Universitario.

Virtualmente es Domeyko el primer Rector y el organizador de nuestra universidad docente.

Durante los primeros 25 años la Universidad no tuvo ni profesores ni cátedras; era una academia de letras y de ciencias y un consejo fiscalizador de la enseñanza de humanidades y profesional, que otras entidades impartían.

Era en el Instituto Nacional donde se enseñaban algunos ramos de leyes, medicina y matemáticas.

Domeyko amaba las Universidades docentes que había frecuentado; pero mucho tuvo que luchar para obtener que esta Universidad tuviera como misión la enseñanza superior y que fueran los profesores, miembros de las Facultades.

Don Manuel Montt, ganado a la reforma, nombró a Domeyko delegado universitario en el Instituto Nacional, dando completa independencia dentro del establecimiento a los estudios superiores; la dirección de ellos y su fomento admirable, estuvieron confiados al sabio maestro durante los 15 años que precedieron a su elección de Rector, pero con este título modesto, delegado universitario.

Después de su elección, en 1867, se hizo innecesario este cargo, porque el primer rector virtual y organizador de nuestra Universidad docente, era ya el Rector real.

Fué cuatro veces reelegido; pero su insistente renuncia tuvo que ser aceptada al fin, el año 1883, cuando era ya octogenario.

No cabe tampoco analizar ahora su labor funcionaria; la obra de Domeyko trasciende la documentación burocrática; el fué en la Universidad la eepa selecta injertada en la fuerte idiosincrasia nacional; del fruto de la vid bebemos todavía.

Partió pues en mayo de 1884 para realizar el viejo anhelo de ver a Polonia, después de 53 años de ausencia.

Lo despidieron en la estación, senadores y diputados, amigos y estudiantes, honrándole como a un vencedor con el himno nacional; en el carro reservado del Presidente de la República, una comisión le acompañó hasta el puerto.

Con los ojos húmedos y el corazón oprimido, dice, bajé al camarote. «Adiós, Chile. Te doy gracias por mis 46 años de vida laboriosa; por tu hospitalidad; por la dignidad de ciudadano que tú me has dado; por la familia, la consideración y el afecto que he encontrado en tu nación; gracias por el bienestar de mis últimos días; por los consuelos y goces espirituales de que Dios me ha llenado en tus iglesias, con los que ha sostenido mi vejez» (Mem. V, fasc. I, pág. 9).

Iba con sus dos hijos varones Hernán y Casimiro; su única hija Anita, casada en Chile hacía ya seis años con León Domeyko, residía desde entonces en Polonia.

Al pasar por Cracovia y Varsovia, recibió los homenajes de las Academias y las Universidades y manifestaciones del amor de todos; se declamaban las viejas poesías escritas en su honor; en una de ellas se había profetizado: nunca seremos viejos; se le coronaba de laureles; la prensa le saludaba.

Muerto Mickiewicz en el destierro, hace años, Domeyko sólo pudo visitar las ruinas de la casa del mayor de sus amigos; para conservar un recuerdo hizo de ellas un dibujo evocador; al día siguiente se desplomaron esos arcos y esquinas de muros; había ya pasado el que esperaban (Lastarria Caveró, Ignacio Domeyko, p. 118).

En Lituania peregrinó por las tierras contiguas que eran propiedad de las numerosas ramas de la familia de Domeyko; en la casa paterna subsistía sin reforma la pieza en que había besado las manos y los pies del cadáver de su padre, 74 años antes; visitó hermosas tumbas de seres inolvidables; contempló como propia la encina bajo la cual habían administrado justicia sus antepasados, porque él llevaba el anillo hereditario de quien según la ley antigua, era elector y elegible como magistrado; al entrar en las casas solariegas recibía de los amos, pan, sal e hidromiel, según el uso venerable, y saludaba emocionado con el beso tradicional a los amos y los servidores.

En la magnífica residencia de su hija encontró al fin, la dulce paz que buscaba; pero su reposo fué interrumpido mes y medio más tarde.

El ilustre anciano revivía los días de su partida y el ambiente de insurrección; ausente, no se había habituado a la nueva vida en el curso de medio siglo; algunas de sus frases levantaban un revuelo de nacionalismo y las autoridades rusas se lo manifestaron; el sabio, temiendo comprometer a los suyos, se alejó por un tiempo de Lituania.

Emprendió un largo viaje: seis meses en París, cuatro en Roma y cuatro en el Oriente.

En la querida capital de Francia, rememoró sus estudios de medio siglo antes, visitando clases en la Escuela de Minas, en la Sorbona y en el Colegio de Francia.

Los hijos de los viejos emigrados organizaron manifestaciones en su honor; pero la noticia de la muerte de Odyniec oprimió el corazón del viejo amigo.

Roma, que nunca había visto, fué una triple revelación para su alma piadosa, su espíritu culto y su sentimiento artístico.

En la audiencia de León XIII, se emocionó profundamente cuando el Papa, posó sus dos manos sobre la cabeza de Hernán Domeyko, orando por su salud, para que pudiera proseguir los estudios eclesiásticos: el hijo no continuó el viaje con su padre; se quedó en Roma y reanudó sus estudios (Mem. V, fasc. 16, pág. 6).

Don Ignacio Domeyko en Tierra Santa revivió, paso a paso, la historia de Jesús; esta alma superior, en su edad extrema, se expresa en términos que respiran ya, la vida eterna.

Regresó a Polonia después de este viaje interesante, a la casa amada y gozó ahí tres años de preciosa paz; hecha aún más íntima por un segundo viaje a Roma para asistir a la ordenación sacerdotal de su hijo.

Don Ignacio Domeyko regresó a Chile y apenas dos meses más tarde, murió, el 24 de enero de 1889: cumplida su aspiración de polaco, vino a morir a su patria adoptiva.

Su hijo sacerdote cubrió el cadáver con tierra traída de Polonia; todos lo sintieron; muchos le lloraron; en la oración fúnebre enunció don Rodolfo Vergara los tres más grandes y puros amores de su vida: amor a la patria, amor a la ciencia, amor a la fe.

Hemos volado sobre esta larga vida hermosa y fecunda; ahora para terminar, detengámonos a leer algunas páginas del diario de Domeyko.

Escribió estas memorias en polaco, porque toda su vida, afirma ha orado, amado y pensado en polaco; son un desahogo del alma porque no sabe si algún día otra persona llegue a releerlas; pero él las revive complementa y anota y recapitula con cariño. (Mem. IV, 68).

El original se guarda en el museo Mickiewicz de París que posee miles de manuscritos históricos y recuerdos de emigrados polacos.

Anita y León Domeyko, llevados a París por una de las trágicas marejadas de Polonia murieron sin descendencia; tradujeron las memorias al francés y vino a Chile este manuscrito francés, de unas 3,000 páginas, que durante estos dos meses he tenido en mis manos.

En el primer tomo relata Domeyko su vida desde la salida de Polonia el año 1831 hasta la venida a Chile (es la única parte traducida al castellano, pero inédita, 184 folios).

Del tomo segundo, la primera parte es el diario del viaje de París a Coquimbo (580 págs.), y la segunda, el relato de lo que hizo y vió en el país y de sus exploraciones científicas mientras tuvo el cargo de profesor en Coquimbo (750 págs.); pero en el tercer tomo está el viaje a la Araucanía, hecho también en esa época (480 págs.).

El tomo cuarto es una breve memoria retrospectiva de su vida y actuación en Chile hasta su viaje a Europa (250 págs.; publicadas en castellano por la Revista de Chile, 1899-1900).

En el último tomo refiere este viaje y en un suplemento escrito el año 1888, la ordenación sacerdotal de su hijo en Roma (820 págs.; de ellas faltan unas 40; el suplemento está en el fascículo 18).

He traducido de este precioso manuscrito algunas páginas continuadas, porque he temido que una selección de trozos interesantes a través de los cinco tomos, no fuera independiente sino función de mis propias concepciones.

Forman estas páginas que voy a leer, una sección completa del tomo IV (págs. 193 a 207); son los años 1876 y 77 en la recapitulación de su estada en Santiago, escrita por Domeyko durante el viaje a Europa.

«Nada más diré sobre los muchos incidentes que me arrancaban de mis amadas lecciones: química, física y mineralogía y de mis trabajos en el laboratorio.

«Mi clase de cada día, improvisada en gran parte y que a veces prolongaba hasta dos horas intercalando experiencias, y mis propios trabajos químicos eran todo mi consuelo.

«Siempre que por una discusión, un asunto desagradable, o difícil, me sentía confundido o de mal humor, la lección me hacía recuperar la calma; tranquilo salía de la clase para ayudar en el laboratorio a los alumnos o me encerraba en el gabinete de mineralogía donde siempre encontraba nuevas muestras, que mis antiguos alumnos me habían enviado de sus minas.

«Cada día a las cinco más o menos regresaba a mi casa cansado; mi hija Anita me esperaba para comer; visitaba mi jardín, y no me faltaba tiempo para cultivar, podar y trasplantar.

«Después llegaba la hora de los libros que había que hojear, para preparar mi lección del siguiente día.

«Las mañanas no eran más descansadas: cada día la misa en los Padres Capuchinos y luego algún estudio.

«Los domingos y días de fiesta, olvidaba todo lo concerniente a la Universidad y según mi costumbre ya antigua, fuera de las horas de la iglesia y de paseo con mis hijos, leía los diarios y libros de Polonia y no escribía sino en polaco.

«Esta era mi vida desde la muerte de mi mujer, después de mi segunda elección para el cargo de Rector.

«Tenía noticias de mi país, pero cada vez más tristes, por el diario «El Tiempo de Cracovia», siempre bienvenido y, por las cartas de Bohdan Zaleski, de Eduardo Odyniec, de Laskowicz y de mi familia.

«Vivía la octava década de mi vida; todos sonreían ya de mi nostalgia y yo mismo no osaba alimentar más la esperanza de que Dios me permitiera aún, ver la tierra en que están las tumbas de mis padres.

«Un día del verano de 1876, recibí anonadado una carta con gran luto; se me anunciaba la muerte de mi hermano Casimiro; sentí en ese momento que en mi corazón algo se rompía, era el último lazo que me ligaba con la familia de la patria, era el último de los que había dejado al salir.

«Poco después, uno de mis sobrinos de regreso de Siberia, adonde había sido desterrado después del 63, me comunicó su intención de venir a América para saludarme en nombre de toda mi familia.

«Poco creía yo que este proyecto pudiera realizarse, pero una segunda carta me anunció positivamente la llegada de mi sobrino León.

.....

«Dejando sus bienes y negocios sólo venía por un mes; retenerlo más por mi agrado, tampoco yo podía.

«Su estadía aquí, fué para mí la historia viva de los acontecimientos de familia y de la vida pública desde la guerra de 1830; para él fué la historia de mi vida de exilado.

«Le presenté a las personas principales de la capital y al Presidente.

«No me cansaba nunca de su presencia en casa mía; pero sin embargo no me permití interrumpir por su estadía, mis ocupaciones en la Universidad.

«Las horas de mi ausencia las pasaba León con mi hija y la familia.

«Muy pronto transcurrió el mes y León aceptó prolongar su partida 15 días más.

«Al llegar el plazo, lo acompañé con mi hija a Valparaíso, y nos alojamos en casa
 « de la señora Sotomayor de Leighton, la hermana de mi mujer; antes de separarnos
 « pasamos ahí un día entero, durante el cual un solo pensamiento me perseguía: pu-
 « diera ser que nunca viera a nadie más de mi familia.

«Todos estábamos tristes, León silencioso.

«Al día siguiente, al alba, un cañonazo disparado desde el vapor advertía a los
 « pasajeros la próxima partida. No estaba aún vestido cuando León pálido y profun-
 « damente emocionado entró en mi pieza, y con pocas palabras me pidió la mano de
 « Anita.

«Llamé a mi hija y ella confesó sus sentimientos por León. Dios os bendiga pues
 « hijos míos, les dije: pero tú, León, tú debes volver a tu país, y si un año no cambia
 « en nada vuestras inclinaciones, tú volverás y os casaréis; si Dios lo quiere.

«Nos abrazamos tiernamente. A las 10 estábamos a bordo. Los prometidos tu-
 « vieron todavía una hora para conversar, hasta que los separó el ruido de cadenas, al
 « levar el ancla.

«Llevé a mi hija a casa de su tía, y para distraerme, caminando por la costa, lle-
 « gué a una bahía lejana: Playa Ancha.

«El cielo estaba nublado y mi alma triste.

.....
 «Pensamientos más y más tristes y toda suerte de temores asediaban mi espíritu
 « debilitado por los años. Las olas del mar agitado, rompiéndose en la roca, eran el
 « acompañamiento de mis ideas tumultuosas, y apresuraba mis pasos huyendo el
 « fantasma del porvenir que me seguía.

«Mas esto no duró; desde que sentí la necesidad de confiar en Dios, volvió la
 « calma, serenáronse el corazón y el espíritu, y me detuve un momento.

Se percibía todavía a lo lejos el vapor que luchaba contra el viento sur; ya desapa-
 « recía en el horizonte cuando me pareció que alguien en voz muy baja me decía estas
 « palabras: en un año volverá León, entonces tú, como él ahora, irás a tu país, acom-
 « pañado por tu hija y por tus dos hijos.

«Lleno de alegría me puse en marcha; ese momento me ha rejuvenecido cincuen-
 « ta años.

«Por cuarta vez desde mi llegada a América, hacía cuarenta años, la esperanza y
 « el deseo de volver a mi país se habían despertado; pero esta vez no preveía ni impe-
 « dimento ni dificultad.

«Volvimos el mismo día con mi hija a Santiago, porque no podía permitirme
 « una interrupción más larga de mis deberes.

«Sin dar parte a nadie del futuro matrimonio de mi hija y del proyecto de regre-
 « sar con ella a mi país, me entregué con más celo que nunca a mis ocupaciones, con
 « el fin principal de completar ciertas reformas indispensables en la organización de
 « las escuelas y de la Universidad, y para terminar trabajos inconclusos en el labora-
 « torio químico y ordenar el gabinete mineralógico.

«La república estaba entonces gobernada por Pinto, recientemente elegido pre-
 « sidente, hijo del general, de cuya casa yo era muy amigo.

«Podía pues contar con seguridad que a la expiración de mi rectorado, dentro del
 « año y medio, se aceptaría mi renuncia de profesor y mi jubilación.

«Mi sobrino León volvió a Chile cuando aún no había pasado el año.

«Sin apresurarnos mucho hacíamos nuestros preparativos para el matrimonio y para nuestro largo viaje.

«Se acercaba el día de la elección de Rector de la Universidad, que debía tener lugar en el mes de septiembre de ese año, 1877, el día de San Miguel.

«De antemano había prevenido a mis amigos, cuya intención conocía de hacerme aceptar una vez más esta dignidad, de que yo estaba decidido a retirarme del servicio, no solamente por mi edad avanzada (tenía 75 años) sino que también por necesidad de reposo y deseo de visitar mi país natal.

«En vista de esto, los partidarios de Varas se proponían confiarle el cargo y los radicales pensaban en su candidato propio.

«Sin tener mayores informaciones, fuí el 29 de septiembre a la elección, acompañado de León, consolándole y consolándome yo mismo, con que era esta la última vez que me presentaba en la asamblea.

.....
 «Fuí recibido con aclamaciones, que juzgué manifestación de gratitud por mi rectorado y despedida.

«Se votó, y después de contar los votos secretos, resultó que la gran mayoría era por mí.

«No estaba yo preparado para agradecer esta nueva prueba de confianza, y además un agradecimiento de mi parte no habría podido ser sincero en ese momento, pues inmediatamente pensé que esto iba a postergar otra vez por mucho tiempo mi partida para Europa.

«Sin embargo esta prueba de estimación y de confianza de parte de los chilenos, con los que estaba unido de alma y corazón hacía ya 40 años, me había conmovido y encantado tanto, que era capaz de sacrificar por ellos no sólo los pocos años que me quedaban de vida, sino la misma vida».

«Quedó a la vista que los partidarios del señor Varas y también los del señor Barros Arana, más liberales aún, no apoyaban esta vez sus candidatos con obstinación, sino que manifestaron benevolencia hacia mí.

«Todos me felicitaron y yo les agradecí a todos con emoción.

«De regreso en la casa, abrazo a mi hija, a mi futuro yerno, y a mis hijos; no hay mucho que reflexionar; está claro que si es la voluntad de Dios, en cinco años más no será tarde todavía para ver mi patria desgraciada, residir ahí un tiempo en casa de mi hija que entonces ya será dueña de casa polaca, y volver en seguida donde mis queridos chilenos para mostrarme reconocido a sus bondades.

«Mientras tanto, mi hijo mayor, alumno del seminario, se habrá preparado para ser sacerdote y el menor tendrá ya edad, para elegir carrera».

.....
 «Tres meses más tarde, los recién casados se encuentran ya en viaje sobre el mar; yo he vuelto a mis ocupaciones y deberes con el mismo empuje de antes».

Señores, en verdad humedece el rostro la fresca brisa levantada por la corriente cristalina que fluye entre estas hojas.

Domeyko personifica una eterna antinomía espiritual: el dolor y las acritudes de la vida son compatibles con la íntima paz del alma inexpugnable, aspiración clásica de la filosofía en todas las edades.

Las emociones científicas de Domeyko ante las bellezas intelectuales y plásticas de la creación, son homenajes ante un altar, y los quema con la unción de litúrgicos perfumes.

No le alteran las agresividades del mundo y apenas aflora alguna dureza en sus palabras cuando defiende la enseñanza frente a las personas y los grupos que por interés, ambición o pasión política, pretenden restringir o desorganizar la sublime misión, que extiende por el orbe la luz de la verdad.

Domeyko, desterrado hijo de Eva en este valle de lágrimas, tuvo paz y fué feliz.

La tesis y la antítesis, las ha fundido en la síntesis de la concepción cristiana del universo, que actualiza con pureza.

El hombre elevado al orden sobrenatural es hijo de Dios; el mundo, obra de su padre, un hermoso tesoro de familia; los hombres, herederos de la misma gracia y de la misma gloria; herencia que partida, en nada disminuye y es lazo fraternal de unión.

En suma: Domeyko es armonía.